

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

DOSSIER
CONTAR VIDAS DESPLAZADAS

Equipo ViDes

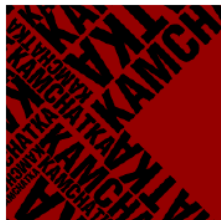


Dossier

CONTAR VIDAS DESPLAZADAS

Equipo ViDes

Contar vidas desplazadas <i>Equipo ViDes</i>	231-237
“Uruguay está salado”. Fluires estancados, entre ollas populares y situaciones de calle <i>Gabriel Gatti, María Martínez, Natalia Montealegre, Marcelo Rossal</i>	239-261
Los campamentos y la quietud de las visas en tránsito <i>Ignacio Irazuzta, Daniela Rea</i>	263-288
Miradas al mar de plástico: cuidados y descuidos en Campos de Níjar <i>Maria Teresa Martin Palomo, Jennifer Abril Rojas Ángel</i>	291-323
La crónica sociológica como estrategia narrativa para contar las vidas difíciles de contar <i>Mariana Norandi</i>	325-354
Oncotransitos. Cáncer y movimiento migratorio en el Sistema Nacional de Salud <i>Álvaro Villar Baile</i>	355-378
Retratos de exclusión. La experiencia de dos ancianas migrantes en una residencia española <i>Iñaki Rubio Mengual</i>	379-394
17 de abril, jornada rara: Entre tránsitos y especulaciones, ¿pura fabulación? <i>Gabriel Gatti, Carolina Kobelinsky</i>	397-414
La escritura sociológica en cuestión. Entrevista a Gabriel Gatti <i>Jaume Peris Blanes</i>	415-427



“URUGUAY ESTÁ SALADO”. FLUIRES ESTANCADOS, ENTRE OLLAS POPULARES Y SITUACIONES EN CALLE

“Uruguay is salty”. Stagnant Flows, between Popular Pots and Homeless Situations

GABRIEL GATTI

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO (ESPAÑA)

Email: g.gatti@ehu.eus ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0435-5074>

MARÍA MARTÍNEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA (ESPAÑA)

Email: mariamartinez@poli.uned.es ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9337-3225>

NATALIA MONTEALEGRE

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA (URUGUAY)

Email: montealegre.alegria@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0921-844X>

MARCELO ROSSAL

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA (URUGUAY)

Email: mrossal@yahoo.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8329-6633>

DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.25.29553> ISSN: 2340-1869

RECIBIDO: 30 SEPTIEMBRE 2024

ACEPTADO: 26 FEBRERO 2025

RESUMEN: Entre mayo y julio de 2023 Montevideo se quedó sin agua potable. Un país “de fluires” por su orografía y su sociedad modélicamente ordenada dejaba entrever corrientes precarias y estancadas. Este texto presenta un modo de acercarse a la tensión entre desborde y contención a través de un (corto) viaje etnográfico entre cuatro colegas de dos equipos de investigación muy diferentes (uno local, otro foráneo) que comparten la certeza de que estamos ante situaciones con un dato común: la movilidad trabada, el tránsito trancado, el fluir entorpecido. En este periplo se encuentran cuatro escenas —un barrio degradado en vías de gentrificación, un centro de atención a personas en situación de calle con adicciones, una olla popular, y un encuentro organizado por un colectivo de personas sin hogar en una plaza pública central de Montevideo— que muestran cómo lo que antes fluía ya no lo hace tanto. Para dar cuenta de ese desborde de los fluires, el texto maneja formas de expresar que se ajusten a cada una de las escenas: a veces relatos paralelos, en otras descripciones sucesivas, en ocasiones impresiones o anotaciones personales, y finalmente sólo la erupción confusa de ideas parece dar cuenta del desborde del fluir. El texto es, en definitiva, una composición producto del trabajo de campo atendiendo a la preocupación por buscar maneras de contar mejor lo que las maneras heredadas ya no permiten.

PALABRAS CLAVE: Uruguay; fluir; desborde; etnografía; contar; miradas cruzadas.

ABSTRACT: Between May and July 2023, Montevideo ran out of drinking water. A “flowing” country, due to its orography and its modelically ordered society, showed a precarious and stagnant flow. This text presents a way of approaching the tension between overflow and containment through a (short) ethnographic journey of four colleagues from two very different research teams (one local, the other foreign) who share the certainty that we are facing situations with one common data: blocked mobility, congested traffic, hindered flow. In this journey we find four scenes—a degraded neighborhood in the process of gentrification, a center for homeless people with addictions, a soup kitchen (“olla popular”), and a meeting organized by a collective of homeless people in a central public square in Montevideo—that show how what used to flow no longer does so much. In order to account for this overflow, the text uses forms of expression that fit each of the scenes: sometimes parallel narratives, in other occasion successive descriptions, sometimes personal impressions or annotations, and finally only the confused eruption of ideas seems to account for the overflow. The text is, in short, a composition resulting from field work in response to the concern for finding ways to tell better what the inherited ways no longer allow.

KEYWORDS: Uruguay; to flow; overflow; ethnography; telling; crossed gazes.

Desde su nombre —que dice del territorio que lleva ese nombre, que es el que se sitúa al este de un río— hasta su orografía, surcada por cursos de agua, bañados y charcos, Uruguay es un lugar de agua, rico y fluido. Flota sobre un acuífero inmenso, el Guaraní, del que mana agua que el ciudadano local mete en termos y mezcla con yerba para tomar mate. Se bebe un agua mineral, la Salus, que hace años se publicitó para el consumidor nacional afirmando que es eso, el agua —el agua Salus— “lo que llevamos dentro”.

Y todo fluye en Uruguay también en otro sentido, uno más de sociólogos y antropólogos sensibles a las cosas que funcionan con cierto orden. Lo hace gracias a un aparato institucional que, sin ignorar diferencias y desigualdades, es sólido y encauza poblaciones y recursos, necesidades y deseos, disposiciones y ambiciones, para que, más o menos, las cosas encajen en ese “todo orgánico” (Simmel, 1986), la sociedad, que sin serlo totalmente —sólida, decimos— lo termina siendo, porque se piensa siéndolo. Qué placer hubiera sido para Simmel ver ese organismo; y para Parsons observar semejante imaginario del encaje, la armonía, el orden (1999). Uruguay es, pues, flujo, dique, contención, equilibrio, todo un entramado de artefactos jugando el vals de la autopercibida integración social, tan armónico, a ritmo de clases medias, equilibrios institucionales, alternancias políticas, redes de transporte urbanos, y operadores del orden, los de la mano derecha, los de la mano izquierda, colaborando en la morfostasis de la cosa: orden desde el orden, orden desde el orden, orden desde el orden¹. Y de vez en cuando, ruido, pero asumible.

O no, muchas veces no. Entre mayo y julio de 2023 Montevideo se quedó sin agua potable². Aunque el gobierno anterior, del Frente Amplio, había dejado financiamiento previsto para una obra que iba a ampliar el almacenamiento de agua fluvial para el área metropolitana, el que tomó las riendas del país en marzo de 2020 eligió hacer un megaproyecto de participación pública-privada en las aguas semi saladas del Río de la Plata, el “estuario más ancho del mundo”. Este proyecto de toma de agua del “río ancho como mar” tendría cuidado en desalinizarla y ofrecer inagotables cantidades a los menos de dos millones de habitantes del área metropolitana de Montevideo donde se concentra el sesenta por ciento de la población del país, pero no llegó a ponerse en marcha. Así, luego de resuelta la pandemia vino la sequía y con la sequía, el agua empezó a salir salada de la canilla. Para salvar la situación, las medidas del gobierno fueron hacer algunos pozos en predios públicos, un fallido embalse de emergencia y bajar los impuestos a las aguas

¹ Germán W. Rama (1987) caracterizó a Uruguay como una *sociedad hiperintegrada* en crisis; Carlos Real de Azúa (1984) discutió sobre el país en tanto *sociedad amortiguadora*; y Milton Vanger (1983) habló de *país modelo*.

² El embalse de Aguas Corrientes que se alimenta del Río Santa Lucía (desemboca en el Río de la Plata) se quedó seco y la OSE (Obras Sanitarias del Estado) debió tomar el agua a potabilizar cerca de la desembocadura. El Río de la Plata tiene mucha salinidad y así el agua quedó salada e intomable por sus niveles de sodio. El agua siguió saliendo de las canillas, pero ya no era bebible.

embotelladas. Por meses, la salinidad del agua rompía calefones a la vez que arruinaba pieles y cabellos, mientras que se enriquecían las embotelladoras de agua mineral.

Así, en el país que otrora fuera descrito como “modelo”, con una capital llena de parques con lagos y fuentes, el agua sigue estando, pero salada, no apta para ser bebida, y ese fluir entorpecido de “lo que llevamos dentro” hizo más visible que otras cosas a priori más estructurales que las vías por las que circulan otros fluidos ahora estén trancadas y que esas corrientes no fluyan con la agilidad de antaño, la imaginada y esperada. La máquina estaba trabada, los contenedores desbordados, los diques quebrándose³. El país, que siempre se creyó excepcional por sus europeos fluire y armonías, mostraba sus canales rotos, casi colapsados.

Coincidió esta crisis con la visita de dos de los firmantes de este texto a Montevideo, uno nativo pero ya no, otra que para nada lo es⁴, para trabajar con un equipo de investigadores locales en algunas situaciones vinculadas a la vida en calle⁵ y a la crisis de las instituciones dedicadas a la protección y al refugio. Juntos a ratos, separadas en otros, las cuatro observamos cuatro situaciones acudiendo a recursos narrativos, habilidades profesionales, objetivos de análisis y posiciones de observación distintas pero que confluían, sí, fluían, en dos lugares: (1) la preocupación, que es muy anterior a llegar a Montevideo y a esta crisis del agua, por buscar maneras de contar que cuenten mejor lo que las maneras heredadas de contar no dejan contar bien; (2) la certeza de que estábamos ante situaciones con un dato común, la movilidad trabada, el tránsito trancado, el fluir entorpecido.

El texto refleja el resultado de ese encuentro, que fue choque y conversación al tiempo. Partiendo de las notas de campo de cada cual, el fluir del escrito quiere mostrar “la parte nocturna de la investigación” (Lourau, 1997: 16), léase, los diferentes “registros de lo sensible” (Rancière, 2009) teóricos, y por todo eso políticos, que alimentan este trabajo. A riesgo de cometer el pecado académico de la incoherencia interna esos recursos son diferentes en cada escena, y lo contamos diferente: relatos paralelos de foráneos y locales, descripciones sucesivas de una misma escena, impresiones personales, erupción confusa de ideas. Pero pese a eso, lo verán, el texto fluye de una manera alóctona⁶. Como un río que parte de un terreno fértil, pero tras

³ Literalmente. El dique construido ante la emergencia para embalsar agua dulce para Montevideo se desmoronó rápidamente, dejando a la zona metropolitana desprotegida frente a una eventual nueva sequía: <https://ladiaria.com.uy/ambiente/articulo/2023/7/se-rompio-dique-construido-por-ose-que-buscaba-contener-agua-dulce-del-rio-san-jose/>.

⁴ Son Gabriel Gatti y María Martínez, respectivamente, que para el caso viajaron a Uruguay como parte del equipo del proyecto “ViDes. Vidas descontadas. Refugios para habitar la desaparición social” (Agencia Estatal de Investigación-Ministerio de ciencia e innovación, Estado español, ref.: PID2020-113183GB-I00).

⁵ Que son Natalia Montealegre Alegría y Marcelo Rossal, integrantes del equipo de investigación del proyecto I+D (Universidad de la República, CSIC) “Situación de calle, algunas preguntas fundamentales”.

⁶ Como lúcidamente indicó un/a evaluador/a del texto al que agradecemos el comentario.

atravesar zonas áridas, o bien se infiltra y no desemboca, o bien lo hace con un caudal menor al original; a veces cobra nuevos impulsos, se nutre de otras corrientes, aumenta su volumen, vuelve a fluir con mayor rapidez. Comienza, entonces, dibujando un contexto de líquidos y contenciones, y su crisis, y se pasea luego por distintas situaciones de aquel junio de 2023: un barrio degradado ahora en vías de gentrificación primero, un centro de atención a personas en situación de calle luego, una olla popular más tarde y un muy singular encuentro organizado en una plaza pública, central en el Montevideo ciudadano. Todo móvil, fluido, armónico, líquido... aunque ya no del todo. Disgregado, como lo que observa. Coherente con el mundo por eso.

Cabe decir que ahora, más de un año después, el agua se bebe, pero otras cosas que para funcionar bien están sujetas a las mismas demandas de fluidez, siguen estancados.

VIEJOS CANALES DE ARMONÍA

Todo fluía antes, o eso se afirma. Y ahora no, aunque parezca que sí: el agua que desalinizan sigue saliendo transparente de las canillas, es posible ducharse, las autoridades dicen⁷ que es “bebible pero no potable”, sí, eso dicen, y esperan que la naturaleza provea. Pero no lo hace. En las casas del sur de Montevideo, las de esos barrios que parecen haberse hecho leyendo a Parsons, hay bidones de Salus que salvan la situación. Pero no al norte de la ciudad, a las que les toca apañarse.

En casa de mi madre [GG] me sorprende viendo que las señoras que la acompañan no tienen claro si se puede beber o no el agua del grifo, que no se puede. Me sorprende porque en tiempos de fluidos claros y canales bien mantenidos todo aquel que estuviese *dentro de la línea* –esa entelequia tan eficaz, las clases medias– compartía conocimientos: conocimientos de salud, conocimientos de derechos, conocimientos de rutinas burocráticas.

Y eso conectaba, creaba cuerpo, cuerpo social, era un solo cuerpo, y qué cuerpo, sólido, pesado, consistente. Ya no, parece.

Todo fluía antes, sí, y se notaba en el paisaje, por ejemplo, el de la vieja estructura de la red de ómnibus de Montevideo, que seguía una lógica que para toda la ciudadanía era clara, transparente, nítida. Evidente: de este a oeste movía trabajadores y funcionarios; de sur a norte, servicio doméstico. Ya no es tan así pero cuando era así eso debió permitir pensar al ciudadano local en fluir claros entre *arribas* y *abajos*, entre el *centro* y *adentros*. Equilibrio de líquidos que discurren lentos, pero lo hacen sin parar por grandes vasos comunicantes. Un gran organismo. Un

⁷ Como, por ejemplo, refleja esta nota de mayo de 2023 en el periódico *La Diaria*. Recuperado de: <https://ladiaria.com.uy/articulo/2023/5/bebible-pero-no-potable/>.

cuerpo, donde cada cual ocupa su lugar, pero conectado con el resto. Arriba y abajo, pero bien. Todos de clase media, o más o menos cerca de ese núcleo (Rama, 1969: 74). Qué maravillosa ficción, qué útil.

Todo eso se notaba en algunos lenguajes profesionales. Por ejemplo, el de educadores y trabajadores sociales, que cuando hablaban, cuando hablan, de zonas a las que ir a arreglar, educar, remendar, corregir, piensan el espacio del otro, en su territorio. Para ese “territorio” los activistas también manejan lenguajes para que las cosas fluyan, circulen, se comuniquen, para que las distintas partes de la esfera de armonía conecten y que todos, ciudadanos, estén al mismo lado de la línea. Comunicar y hacer fluir “bienes, mujeres y mensajes”, al decir hoy inapropiado pero preciso de Lévi-Strauss (1985), es decir, mover cosas que *hacen sociedad*. Todavía siguen en territorio moviendo ideas y comunicaciones entre organizaciones, llevando del norte al sur demandas, del sur al norte políticas, o alimentos (agua, carne, arroz...) para las

ollas. Su fluir está trabado, incómodo, las comunicaciones son difíciles; los sujetos a uno y otro lado de la línea no hablan ya los mismos lenguajes; al fluir del usuario que va y viene reduciendo sus daños en varios dispositivos, lo entorpece la densidad del sujeto moderno, consciente de lo inconsciente y con aspiraciones ciudadanas que no pueden satisfacerse, que hacen agua por todas partes. Así, esos territorios que en los viejos mundos de orden se llamaban barrios obreros (el Cerro, Nuevo París, Capurro, Casabó...) se han convertido en “barrios difíciles” (Santa Catalina, El Tobogán, o Nuevo Comienzo... nuevo comienzo, qué tremendo) y allí las cosas no fluyen, no fluyen bien.

En nuestra universidad latinoamericana, rioplatense [NMA y MR], laica, gratuita y cogobernada, una de las funciones sustantivas del trabajo docente (además de la enseñanza y la investigación) es la extensión. Desde su perspectiva crítica implica procesos de construcción con organizaciones, atendiendo a problemas de interés social con sectores históricamente vulnerados. La articulación de saberes (inspirada en Paulo Freire) y la disposición a reducir la violencia epistémica, supone aprender a hacer *con* y no solamente *para*.

[GG] Es un temazo, denso, intenso en aquel lugar de tradiciones poderosas en relación con las conexiones “sociedad – universidad”, en lo que hace a eso que llaman extensión, nada que ver con lo que para quienes habitan Europa se dice en términos más gerenciales, con conceptos feos como “responsabilidad social corporativa” o “transferencia”.

ESCENA 1. EL MIGUELETE

El Miguelete fluye al costado oeste de Montevideo y es para los montevideanos del centro lugar de olores (feos) y colores (azules, los de los overoles —los monos— de los obreros, o los de su degradación al lumpen). Fuimos buscando eso, que es nuestro tema: la desaparición social (Casado-Neira et al., 2021), la vida en la calle. No vimos nada de eso: vimos recuperación, regeneración, rescate. Vimos un arroyo limpio y garzas y cigüeñas. Lo mismo que vemos en otras ciudades cuando buscamos miseria, que la maquinaria de gestión de las miserias hizo lo suyo para taparlo. Ambas miradas —foráneas y locales— se sorprendieron, por ver lo mismo (nada), pero por distintas razones.

FORMATO: DOS COLUMNAS, DOS VERSIONES

La jornada que ahora termina con la escritura empezó ayer en la mañana en el espacio de Martínez Reina donde esperábamos encontrar un *achique* para personas en situación de calle, un refugio informal, un espacio de cobijo para sujetos entendidos como peligrosos y de riesgo para los vecinos del barrio circundante. Pero ahí, hace unos 60 años, había una fábrica viva con cientos de obreros por turno. Ya en los setenta, ese lugar fue transformándose en una continuación del “cantegril” (asentamiento irregular) que había sobre el arroyo Miguelete, ofreciendo un espacio techado para las personas que eran expulsadas de la zona céntrica de la ciudad. A buena parte de la comunidad afro desplazada de los barrios Sur y Palermo, la Intendencia Municipal de Montevideo de la dictadura la dejó ahí con las pertenencias que pudieron salvar⁸.

Pero ese día, a diferencia de lo que esperábamos, no había gente en situación de calle en la zona; lo que había era finalmente el sueño de Arana⁹: tener el arroyo Miguelete parqueizado y con una vida natural renaciente. Había cigüeñas y una garza sobre la vegetación habitual de los cursos de agua de esta zona del país. De todas formas, observamos restos de basura como en una salida tipo “playita privada” de

La jornada que ahora termina con la escritura no había empezado ayer en la mañana, sino el día anterior en la noche. Durante la cena, a la que yo [MM] no pude acudir por encontrarme con fiebre, dieron forma a un recorrido por la ciudad de Montevideo con escenas de personas en situación de calle y sus refugios; nuestros temas. Por ello, al llegar al arroyo Miguelete y al parque que le precede no entendía la parada. Allí no había nada que fuera significativo para nuestro paseo etnográfico. Me costó entender que lo que sucedía es que de lo que veníamos a ver no quedaba rastro, o quedaba un rastro mínimo. Lo único que se veía era un arroyo transparente y un parque bastante bien cuidado; hasta el tejido asociativo del barrio se había encargado de instalar algunos elementos de juego y bancos para el descanso.

Sólo si uno se fijaba, veía algo de basura. Particularmente en la orilla opuesta al parque. En un entrante del arroyo repleto ese sí de residuos, se veía corretear algunas

⁸ Hoy hay un proyecto de viviendas, a espaldas de la gran estructura que se conserva de la fábrica pasará el tren central. Ver: <https://montevideo.gub.uy/areas-tematicas/personas-y-ciudadania/afrodescendientes/mapeo-afrodescendencia-resiliente/martinez-reina>

⁹ Dirigente del Frente Amplio, ex intendente de Montevideo. Profesor de la Facultad de Arquitectura y fundador del Grupo de Estudios Urbanos, precursor en Uruguay de la defensa urbanística del Centro y la Ciudad Vieja de Montevideo e impulsor de la creación del parque lineal del Arroyo Miguelete.

las casas sobrevivientes del antiguo cantegril¹⁰.

Un hombre con su setter irlandés paseaba en las orillas del Miguelete, que, si bien no se ve limpio, al menos no es maloliente. No está la fábrica de Martínez Reina, pero tampoco las curtiembres. Ni vida obrera, ni una sola persona en situación de calle por ese espacio, pero sí todo el movimiento provocado por la obra del Ferrocarril Central a pocos metros de ahí.

gallinas entre los desechos y un par de bicicletas infantiles. Un poquito más allá parecía distinguirse una infraestructura, quizás una vivienda. Eso dice Natalia que puede considerarse porque según la normativa todo lo que tenga paredes y tejado es “casa”. No hemos encontrado lo que buscábamos, pero hay indicios de que, más allá del fluir limpio del arroyo, entre la basura, además de las aves, se salvaguardan algunas vidas.



ESCENA 2. LA MALLA

Tras la parada en el arroyo Miguelete, nos fuimos a un lugar en el que con seguridad íbamos a encontrar lo que estábamos buscando. El lugar era La Malla, una infraestructura sostenida financieramente por la Intendencia (el ayuntamiento) de Montevideo y gestionada por una cooperativa de trabajadores y trabajadoras sociales. Su labor se centra en ofrecer ducha, servicio de lavandería y una colación (incluyendo mate) a personas en situación de calle que consumen drogas. Además de eso ofrecen un servicio médico y organizan actividades (desde talleres de yoga hasta espacios de reflexión y reivindicación). El lugar no es muy amplio: tiene en la entrada un cuartito para el médico que viene un par de veces a la semana ocupado en el momento de nuestra visita por dos policías que se encargan de la seguridad en la puerta. Unos escalones más arriba, está la sala principal donde se recibe la colación y se hacen las actividades. Al fondo de ese cuarto, los baños y

¹⁰ <https://www.opp.gub.uy/sites/default/files/documentos/2018-05/ProductoMontevideo.pdf> En Google maps se puede ver a un conjunto de casitas junto al Miguelete, en su margen Noroeste. <https://goo.gl/maps/4TjA9UwhdaV8SNyB8>

la lavandería.

Tres de nosotros nos fijamos en una escena particular dentro de la escena. Ninguna de las tres ni las tres combinadas dan cuenta del conjunto, pero todas se entrelazan entre el fluir y sus entorpecimientos.

FORMATO: UN TEXTO SEGUIDO, EN TRES EPISODIOS, ZURCIDO PERO CON LAS COSTURAS A LA VISTA

La Malla: una puerta tras la que está el más allá

Al llegar a La Malla, la puerta está cerrada. Marcelo se extraña que delante de ella no haya una fila de personas esperando; habrá pasado la hora de entrada. Nos paramos delante de la puerta como si su cierre nos impidiera el paso. Uno de los hombres que están sentados en el escalón de la entrada, no sabemos si esperando a un turno o a otra cosa, nos dice que llamemos y aporrea la puerta por nosotros; nos ha debido sentir inmovilizados. Nos recibe un educador social. Una de sus tareas es el control del flujo de entradas y salidas. Controla que no ingrese más que el número permitido en cada turno y gestiona posibles conflictos en el paso del umbral de la puerta y otros que se puedan producir en la circulación dentro del espacio.

También controla nuestro fluir y nos dirige al centro de la sala. Allí está el psicólogo al que habíamos oído al entrar tocando la guitarra; nos intercepta a dos de nosotros —los no locales, Gabriel y María— y al poco se suma a ese grupo la coordinadora del centro. Sin que medie pregunta por nuestra parte, el *speech* de ambos fluye: nos ilustran, nos explican. Nos hablan del lugar, de la drogadicción y de los problemas de salud mental que van aparejados. Su aire —moderno, *cool*, tatuado—, convive con la condición de técnicos: hablan de programas, de financiaciones, de proyectos, de instituciones que aportan, de colaboraciones con otros, incluyendo la organización de personas en situación de calle. Es el lenguaje conocido, del “gobierno humanitario”. Lo hemos visto por muchos sitios (Gatti, 2017).

Si atendemos al subtexto de la conversación, esta está llena de usos que cierran bien su trabajo y lo enmarcan espacialmente: la calle vs. el espacio de La Malla, el umbral del daño, el desborde cuando los de fuera —“usuarios y usuarias” dicen— no se atienen a las normas... Su terreno es el adentro y su trabajo se limita y ha de limitar a los que desearan franquear la puerta. Más que eso, se imponen como obligación política y ética no hacer nada por fuera de lo que se hace en el centro: lo que queda más allá de la puerta de La Malla, fuera de ese espacio-tiempo en el que el habitante de la calle se convierte en sujeto-ciudadano. Tras esa puerta “no sé lo que hacen, ni quiero saberlo”. Porque en eso la puerta, cual dique de contención, también

Impresiona ese mapa al que le llamaron “mapeo colectivo” y ver, tras el cariz predeciblemente técnico de los educadores a cargo de La Malla, la emergencia de pensares y sentires que un grupo de personas en situación de calle asigna a servicios públicos y distintos lugares del área central de la ciudad. Un mapa que representa afectos, miedos, espacios de cuidado y de violencia; un mapa casi hidrográfico que registra y recomienda fluir por unos lugares y escabullirse rápido de otros. En eso tiene mucho en común con el librote, *El lado B del Municipio B* (Aguiar et al., 2022), que hicieron algunos colegas del proyecto Trayectorias y varias personas de Nitep.

Nitep (Ni todo está perdido) es un colectivo de personas en situación de calle que se organizó en el año 2018 a partir de encuentros entre usuarios informales de la biblioteca y de la sala de informática de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. En ese edificio céntrico, estas personas usaban computadoras y pasaban el día al abrigo de las inclemencias del tiempo en que no estaban en otros refugios. El aumento del uso de las instalaciones universitarias por esta gente de calle produjo conflictos que se laudaron con el ofrecimiento de la Intendencia de Montevideo de producir centros diurnos. Por su parte, Nitep se consolidó en el espacio público como organización social; en un breve lapso sus planteos ya discurrían en una intervención en las Naciones Unidas.

La Malla: los desbordes de sus fluires

Entro [NMA] en La Malla, me cuelo por un costado evitando la conversación de los técnicos. Quiero pasar al fondo y ver cómo sigue ese espacio que hace tiempo no visito. Vera, trabajadora del lugar, está a medio camino en el angosto corredor que comunica la sala principal (con acceso directo a la cocina) con los baños, duchas y zona de lavadero. Nos quedamos conversando un rato.

Vamos juntas hacia atrás, le pido que me cuente cómo está funcionando, cruza un educador y ella indica que él me puede explicar mejor... les digo que me interesa su mirada y es suficiente. Vera limpia La Malla, luego de un año y medio en calle, se integra a Nitep, va como representante del colectivo a instancias internacionales. Vera está muy flaca, tiene anemia, el almuerzo está garantizado (puede ir a buscar una vianda a La Estación, un centro diurno que queda a dos cuadras, donde se ofrece alimento al mediodía para personas mayores de 60 años) sin embargo comer carne no es tan fácil con el ingreso mensual de este tipo de programas de apoyo social en Uruguay. En un país que tiene, entre sus estadísticas oficiales, la trazabilidad de cada una de las casi 4 vacas que existen por habitante. Son 12 millones de vacas de excelente calidad. En fin.

Nos dirigimos al pasillito de techos bajos. A poco más de un metro y medio de transitar hacia el fondo, a la izquierda está el baño. Las puertas de madera, algo

desvencijadas y una papelera. La arquitectura es peculiar, algo laberíntica. Siguiendo por ese corredor, un metro más allá, la altura del techo se eleva nuevamente hasta la claraboya. Ese techo alto con vidrios, que aporta luz natural al conjunto del edificio, ilumina una segunda planta de entresijos balconados donde funcionan los espacios de oficina y consultorios, esos que miran desde arriba al centro del “servicio”. Lo fundamental está en planta baja, hay duchas: cuatro de un lado y una del otro. También *lockers* (guarda bultos de metal) contra las paredes. Para dejar ordenada la vestimenta que se lava, un canasto de plástico grande donde se entregan las prendas; ojo que los *champions* (zapatillas deportivas) no. Esos se limpian a mano en el baño. Vera me muestra: se moja todo, claro, son bachas que piensan en manos que recogen el agua, ahora salada, para lavar una cara, no mucho más. Todo empapado, Vera lo mantiene lo más seco posible.

Pero volvamos al espacio luminoso entre las duchas. En el centro hay una cámara sin su tapa. Una cámara sanitaria, de esas que suelen tener 60 x 60 cm. Claro que es peligroso pero el lugar es cuidadoso y evita cualquier tipo de accidente con una silla de madera plegada que tapa el agujero, aunque no del todo. Es desconcertante, pero a nadie más parece llamarle la atención. El lugar está reciclado a nuevo hace poco tiempo, se escucha la presión del agua del llavero.

Pasan cosas con el agua en Uruguay y con la sanitaria.

Por supuesto que la normativa municipal es muy precisa sobre las características que una instalación de este tipo de cosas debe tener. También uno diría que hay gajes de oficio indispensables para atender el desagote de las aguas que ruedan por pieles de textura acartonada, el cuero duro que le dicen. Cuerpos que pueden liberarse de sus mierdas ahí y lo hacen sin que el lugar en el que eso acontezca sea necesariamente el planificado. La papelera es muy usada, las duchas también. Las mugres de dentro y fuera ruedan por el piso, manchan la pared que rápidamente será limpiada.

La fuerza de la gravedad, como constante planetaria, también facilita esos encuentros y el agua mientras cambia de color se precipita al suelo y corre, sigue la bajada.

En la ducha unipersonal hay un desagüe en el lugar indicado, perfectamente bien colocado. El agua acompaña la pendiente de este país sin montañas. Llega hasta la puerta, toca las toallas, moja los trapitos, finalmente sale, corre el agua, los efluvios se escapan del cuarto de baño, mientras Vera ágilmente con un lampazo guía el líquido a la cámara, otro avisa con voz fuerte “está saliendo agua, no te animás a tirarla hacia el desagüe”. Me explica que la caída del baño está mal, va hacia la puerta y *ta*, si se moja mucho desborda; le cuento que en mi casa también.

En el baño de a cuatro la cosa es diferente porque tiene una canaleta, la hicieron chiquita, prolija. Con jabones, pelos o mugres se obstruía y los cursos venían de a dos ríos. Eso ya fue solucionado. Un educador pico en mano, según comparten, agrandó

la dichosa canaleta, ahora el agua se va por ahí y punto, rompió para darle la profundidad que el arquitecto no supo imaginar y chau, con la rejilla colocada se ve bien y los líquidos tienen todo un camino por recorrer. Una parte sigue lo previsto por el municipio, otra, inesperada se filtrará hacia los cimientos o más allá. La inmundicia se cuela por las aguas grises que desembocan a la altura de cualquier sótano de la manzana.

ESCENA 3. LA OLLA QUE ES CÓNCAVA Y RETIENE EL SENTIDO

Escena única, sin voces cruzadas queremos decir, solo la voz de los de fuera ante un espectáculo que les es ajeno, no a como los locales, que se han hecho a esas humedades, esos olores, esos sensorios. Las ollas populares están presentes por todo Uruguay, organizadas en redes, en solitario, escaladas por barrios, clases, ciudades (Rieiro et al., 2021). Son para muchos de los lugares de contacto con la trama que les hizo ciudadanos, esa del Uruguay modelo, hiperintegrado, totalizador. Del Uruguay orgánico, donde todo circula. Lo orgánico ahora es supervivencia básica. Rotundo, para una sola escena, una escena impresionista, de sabores y olores.

FORMATO: TEXTO UNICO, COMPACTO, UNA VOZ.

La olla, como es cóncava, recoge y protege, en esa contención hace posible lo que fuera de ella ya no es más lo que fue. Visitamos una en el barrio de Nuevo Amanecer, que conduce Walter, referente del barrio, un canalizador. Antiguo trabajador textil, retirado a la fuerza por algún tipo de enfermedad degenerativa que le sacó del mercado demasiado pronto, antes de que pudiera tener una jubilación que hiciera la vida habitable. Walter vive ahora con su hija adolescente, que rescató del abuso al que la sometía su padrastro, la pareja de su exmujer. Ese cuadro, esa vida, esa situación revelan miseria; el personaje, no, con su iconografía del Partido, con nostalgias de tiempos mejores y aspiraciones de regreso a esa senda. La expone, orgulloso, en las paredes de su casa, que rezuma hongos y humedad, pero expresa dignidad. Javier Auyero propone sustituir la idea de *supervivencia* —una idea animal, dice, de mero mantenimiento biológico— por la de *persistencia*, que es propia de quienes mantienen los sueños aspiracionales que hacen del mañana o del pasado mañana un tiempo mejor, un tiempo de posibilidad para “Mi hijo el doctor”, el tiempo de sociedades meritocráticas como esta, con escuelas, esperanzas (Auyero y Servian, 2023). No resulta del todo convincente la idea viendo que aquí, al otro lado de la línea, los que están viven en proyectos de esos que Guillaume Leblanc llama “de media

hora¹¹: comer, cagar, dormir, y otra vez. Pero funciona para el caso de Walter, ejemplar de vieja sociedad, persistente, que insiste en mantener activos los *fluíres* que hacían posible aquella vieja totalidad orgánica. Pero no está en la olla solo por eso, por organizar, vincular, *concavar*; también come de eso. Sobrevive de las raciones que le da la olla. Ni solo mantenimiento biológico, ni desesperado enganche a la esperanza.

En la preparación de la olla, que comanda Walter, bulle el agua (agua de esa potable pero no bebible mezclada con agua de lluvia recogida del techo de lata que tapa la casa a través de un precario sistema de mangueras, conductos y recipientes). El vapor de la olla nos toma, tanto como el humo que sale del fuego de maderitas precarias. El olor se empieza a imponer sobre la vista en la jerarquía de sensaciones que debería presidir la escritura de esta

La conversación salpicada va y vuelve sobre el tema del agua mientras cocinamos, e inunda mientras comemos. No es que no haya agua, la hay, pero “ni mi perro la bebe” comenta uno de los presentes. Me sorprende [MM] que el Estado no esté repartiendo agua con camiones; en España se hace con las sequías. La conversación sobre el agua cierra con una de las voluntarias de la olla pidiendo una asamblea constituyente que asegure algunos derechos como ese, el acceso al agua.

pequeña crónica. Delante de la casa de Walter, bajo un techo de lata del que cuelga el dispositivo para recuperar el agua de lluvia, en una mesa grande con varias palanganas tres mujeres, Brenda, “La turca” y Mena, de entre 30 y 60 años, cortan zanahorias, pelan papas... Nos reciben sonriendo, con besos y saludos cordiales y un par de cuchillos para ayudarlas en la tarea. Los tomamos con gusto. Mientras conversamos, en las ollas se van ablandando los ingredientes que estamos cortando y en una cacerola se fríen trozos de pollo, creo, u otras aves. Estas cocciones las cuida un quinto miembro del equipo, Gerardo, enfermo, mal atendido de sus problemas, según cuenta. Mientras pelamos papas y cortamos verduras, charlamos, con facilidad, con muchos códigos comunes que fluyen, entre el vapor de la olla y el humo de la leña. Toda es gente del barrio, todos fueron en épocas distintos trabajadores que se podían decir tales: con contratos, con casas, con hijos, con padres y sindicatos. Tienen biografías, historias contables, reconocibles. Luego, se quedaron “afuera de todo”, del todo orgánico. No más homeostasis ya.

Y hoy, eso, sobreviven: venden lo que sea en los ómnibus del centro, hacen *changas* por aquí y por allá, trabajan en la olla, que les da raciones para aguantar en la semana, mantienen viejas dignidades, con intenso olor a humedad. Al día. Sobreviven, en el sentido fuerte de Le Blanc. Viendo esto se imaginan fácil los canales por lo que fluye eso que Danilo Martuccelli llama *consistencia de lo social* (2005), el

¹¹ La expresión se la oímos decir a Guillaume Le Blanc, filósofo, en las jornadas que organizaron en París los miembros del *Collectif des morts de la rue* en el mes de abril de 2023.

vínculo, el don, lo que sea; aquí, en Uruguay de eso abundaba. Conexiones con *sentido*, que la olla revive/reproduce/recrea.

Ya no, lo dicen los del barrio: la línea media, alrededor de la que todo pivotaba, se ha movido y ha dejado a muchos “fuera”, “caídos”, “quebrados”, los “más que pobres” les llaman, los nuevos desaparecidos les llamo (Gatti, 2022). Van pasando por delante de Walter, que a cucharones y con amabilidad de vecino les llena lo más abundantemente que puede los recipientes que traen, a veces simples bolsas de plástico. Se llevan arroz, un poco de carne, cocido de verduras, una naranja. “Cuando salen de la olla yo no sé a dónde van, fuera de esto no sé cómo viven”. La sopa, lo cóncavo, refugio y consistencia. Y tras la puerta, de nuevo, no se sabe; territorio ignoto, caído del mapa.

ESCENA 4. LA PLAZA DE SCHRÖDINGER

Es la plaza, el lugar de la ciudadanía. Son personas en calle, expulsadas. Todo junto, para decir que también son. Es el día en que celebran su capacidad de organizarse, de hablar “como los demás”, de ser “como cualquier otra”. De tener derechos. Es exceso, es química, desborde, incertidumbre, sin orden, o con uno, que no se parece a la geometría lineal del texto que establece causalidades, a nada euclídeo, trazable, mapeable. Los cuadros se cruzan, lo foráneo y lo local, lo real y lo que no.

FORMATO: VIÑETAS DISPERSAS, DISPARATADAS, DESPARRAMADAS

La plaza de los Treinta y Tres Orientales es una de las que puntean la avenida principal de Montevideo, 18 de Julio. Como las demás, es muy *plaza* y por eso lo que evoca es muy *ciudadano*. Muy arbolada, tiene en el centro una fuente delicada, en una de sus esquinas un quiosco de periódicos, en un lateral, en uno de sus muchos asientos, dos estatuas que conversan, Vaz Ferreira y Einstein. Al otro lado de la calle hay boliches con solera, mucha conversación acumulada, y sus olores. Y enfrente están el Banco de la República Oriental del Uruguay (BROU) en toda su contundencia y la confitería Carrera. Mitos constitutivos del contrato nacional—los 33— y, para una vez constituido ese contrato, referencia a las muchas materialidades que lo soportan. No es mal lugar para el encuentro.

Allí, frente al Cuartel de Bomberos, el colectivo Nitep con profesores e investigadores de la Universidad de la República organizan los II “Encuentros en la calle”. Como cualquier jornada de la universidad, hay mesas de trabajo, en este caso son sobre tres temáticas: vida y muerte en la calle, vivienda, y refugio. La cuestión que más atraviesa los debates es la permanencia o la contingencia. Los que tienen cupo, los que son permanentes —tienen asegurada una cama para dormir en los refugios de financiamiento público—, esperan cada día en la fila, pero

Llegamos [GG y MM] algo más tarde del arranque y ya los carteles estaban desplegados. “Los dos boletos después de las 8 cuadras ¿Dónde están?”, alguna reivindicación más, sobre las distancias a los refugios, seguidas de un contundente “Arriba los que luchan” y otra que ni Luhmann: “No más contingencia, permanencia real ya”. Mucha cosa, toda junta. Cuánto oxímoron intratable, qué usos del lenguaje tan asombrosos. María hace un análisis preciso del lema luhmaniano, que remite a dentro y fuera, a flujos y esperas, a salidas y a controles de puertas. A mí [GG], cada vez que quiero analizar esos lemas, me sale una especie de risa nerviosa.

saben que van a cruzar la puerta a no ser que incumplan, según la mayor o menor arbitrariedad de los educadores, alguna norma. Los “contingentes” tendrán que esperar igualmente, con un resultado incierto entre conseguir una cama o tener que caminar a otros refugios para ver si queda un hueco. No es sólo que el Estado no provea de suficientes recursos, es responsable del deambular que les impone. Son cuerpos en movimiento, obligados a los flujos marcados por otros. Esa corriente es diaria: del refugio diurno al nocturno, del de la ducha al de la comida, del público al privado, de un refugio repleto a otro que quizás tenga aún plaza... La misma situación de calle es intermitente: a ella se llega —sucede, se dice— y de ella es difícil salir. Parecería que el Estado contribuye a ese movimiento, un constante ida y vuelta, un movimiento entre la afiliación y la desafiación: primero “contingentes”, luego con suerte atraviesan la “puerta” tras mucha espera y se convierten en “permanentes”; si consiguen un empleo formal su situación queda en entredicho.

Cada una de las carpas que se ven en la siguiente imagen están destinadas a un tema; otras son organizativas (para comida, equipos de audio y otros materiales). Se invita a los participantes a que pasen por las tres carpas temáticas; en cada una podrán parar un tiempo regulado, 20 minutos. Al son de un flautín, hay que cambiar de carpa temática; todo ha de fluir. Es un fluir establecido por normas claras que también rige las mesas: pedir la palabra levantando la mano, esperar a intervenir hasta que la persona anterior haya acabado, no insultar... Normas de ciudadanía.



Así, durante las jornadas hay una sensación de movimiento constante que no siempre es fluir ordenado ¿Es algo más radical?

Durante las mesas se ha de gestionar el flujo del debate, controlar a los que (y son muchos) que se levantan, que se descuelgan del ritmo, que se salen *del* fluir para sumergirse en *otros*... Parecería que tienen que moverse porque tienen in-corporado el movimiento; es su manera de estar en el mundo. Y así, el fluir ya no fluye, son oleadas.

Otros están totalmente fuera: deambulan por la plaza, fluyen a contracorriente, algunos lo hacen mientras murmuran o directamente hablan. A medida que pasa el tiempo ese movimiento se hace más radical; deja de contenerse.

En un momento de intercambio de mesas, una habitante de la calle toma el micrófono cuando este se libera. Se pone a cantar una canción en inglés, *Stand by me*. Desconcierta y emociona. Otros se unen a ella.

Las mesas-carpa siguen en sus diálogos e intercambios... Y a los veinte minutos, más o menos, empieza el tembleque, la transmutación, ese no sé qué es, muy intenso, que se repetirá varias veces en la tarde: en los cambios de turno, en una pelea, en el baile final....

Estamos [MM y NMA] al lado de un puesto para impresión de camisetas con serigrafía, la pasta sobre el bastidor humedece la tela y deja un rastro que reza "Nadie sin casa".

Nos sumamos a un grupo que se prepara para un ejercicio en clave latinoamericana, el Teatro del oprimido se despliega en la vereda. El tópico es "quéquita la calle". La dinamizadora, invita a un hombre desgarrado, con varias capas de ropas superpuestas de distinto talle, a mostrar con el cuerpo cómo se siente en la calle. Él se acomoda en el piso. Cambia la posición, el sentimiento está bien representado en una incomodidad que apoyada se pueda sostener tiene de equilibrio; difícilmente se pueda apoyar, hasta el final de la escena. Me meto [NMA] en el rincón para que su espalda encuentre un apoyo, pienso en el grito de Munch, abro la boca, un brazo hacia lo alto, una mano abierta que puede o no ser tomada. El ejercicio de cuerpos que se tocan y componen otro cuerpo.

En una esquina, detrás de la carpa que discute sobre vivienda, una señora habla sola. Como tiene unos auriculares pienso que está llamando por teléfono, pero no, su interlocutor está ahí, aunque no se ve: le dice que no vive del pene de nadie, que no le hará una felación, que no. Lo dice muy alto y enojada. Zorrito, del equipo de Trayectorias, se le acerca para calmarla y preguntarle si puede ayudarla. Ella le dice que se va, que está defraudada, que no va a conversar "de nada, de algo que usted ignora. Que esto no es un Museo de la Memoria". Zorrito, que me ve mirando la escena, me dice [GG], cómplice: "La trajimos para vos". Incluso en esa escena, tan loca y excesiva, hay una cierta lucidez.

Tras acabar la dinámica de las mesas temáticas se propone otra más corporal. Una forma de reconducir el desborde es dejar fluir los cuerpos. Se empieza por una serie de ejercicios y luego se separa a los presentes en tres grupos. Cada uno hará una performance sobre un tema similar al de las mesas: “qué quita la calle”, “qué acallan los refugios”, y “volver a casa”. El cuerpo es el elemento central desde el que articular las performances. Las dinamizadoras plantean el tema y piden ir componiendo una escena: uno se tira en una posición, a este le sigue otro, y otro y otro.

Mientras esta dinámica se desarrolla, un número significativo de los que están allí, como sucedió durante las mesas, se salen de las lógicas estructuradas a priori.

Me fijo [MM] particularmente en una mujer afro que usa bastón, llevará ya varios cientos de pasos recorridos en su deambular por la plaza y los que le quedan hasta que acabe la jornada.

Mi cuerpo [GG] no aguanta tanta intensidad y busco el camino hacia algún bar de la plaza; me cruzo con “Tatú” que razona, lúcido, sobre esta gente sin vínculos, sobre las violencias en los refugios y sobre su rol como educador. Me voy. Tengo que anotar todo esto. Al salir del bar me topo con carreras enloquecidas, con un cuchillo, con algún grito. Hubo una pelea, los cuerpos entraron más en contacto de lo debido, parece. Y convulsión... a la que siguió la calma, la racionalidad, merienda, un ejercicio de relajación, abrazos, y un baile final. Todas las escenas eran parecidas y para explicarlas debería poder mover las manos, hacer ruiditos, ponerme a temblar, todo a la vez, como el gagá del Caribe, o la tarantela: temblar, así, a todo cuerpo.

Las risas suben de tono, los gritos también, las bocas se abren. ¡Uf! Todo a la vez, todo en cada cuerpo, que se descompensa o se compensa distinto, que aúlla. ¡Uf!, ¡recontrauf! No sé qué pensar: no es uno o una, es todo un cuerpo que se convulsiona, que entra en espasmos, no es un sujeto que esté mal, son todos... Luego se paran, tan de repente como se convulsionaron, y siguen la rueda.

Con la misma velocidad que el entuerto se origina, cambia el ritmo, vuelve la música... tropical, más volumen, bailes. Los huecos del espacio central de la plaza se llenan de cuerpos, ahora en movimiento.

Una compañera del equipo Trayectorias cuenta que son como varias capas a la vez: “empezó a correr la voz de que estaba habiendo una situación del lado de la calle Minas... Y viene una muchacha a donde están el micrófono y el parlante y le dice: “voy a cantar”... Sofía le responde: “Pero ¿cómo que vas a cantar si se están peleando?”; “Por eso mismo! Por eso mismo es que voy a cantar” y agarra el micrófono y se pone a cantar a capela “Amor profundo... es lo que siento al cantar...” Cuando termina el tema agrega, enfática, veloz: “¡Poné música!”; dos muchachos, se cuelan entre los equipos, dos más de calle, empiezan a poner Murga... Sigue en parte el alboroto, y vienen unas chicas más jóvenes y le dicen “Poné plena, así la gente se pone a bailar”. Pusieron la música y el ritmo cambió. La atención fue hacia ahí, al movimiento del baile en parejas, y el protagonismo se escurrió... dejó a los contendientes sin público, se fueron en dirección opuesta por la plaza. La seguridad del exceso, ninguna contención.

No todo fluye tan armónicamente, por los canales de la civilidad reconocible: algunas personas malduermen en los bancos de la plaza o en el suelo, *asfaltizadas*, otras pasean tapadas por mantas que se meten en los pliegues de su cuerpo. Son las cosas en las que viven (Gatti e Imaz, 2023).



El cierre de fiesta es otro *Aleph*: suena una cuerda de tambores, hay candombe, muchos bailan. Una mujer, negra, que caminaba por la plaza con un bastón y rengueando, empieza a bailar dejando ver una disposición física que no cambia apenas respecto a la de su normalidad, aunque ahora interprete a un personaje (la Mamá Vieja). Está en la plaza todavía, pero a punto de reingresar al otro lado, lugar de otros lenguajes y de historias de las violencias nacionales constitutivas que ahí, de repente, en su cuerpo que se contonea tembloroso con la rigidez de ese personaje artrósico y maltratado, se hacen visibles.

En la plaza (pública) se congregaron por un día los definitivamente expulsados de lo público para hacer comunidad de *exhumanos*. Exhumanos no es un adjetivo, es una poderosa categoría teórica que trabajan los de los *black studies*, lectores sofisticados de Franz Fanon, con paisajes de exesclavos a la vista (2009). Es en Estados Unidos, donde la ciudad tiene casitas de diseño aspiracional con *frontyard* y *backyard*, como en el Cerro, donde Walter, y la violencia de la esclavitud les constituye, como en este Montevideo. Por fuera pasan en retirada, de uno en uno ya, los ciudadanos en situación de calle en búsqueda de sus refugios o sus rincones. Insistimos en pensar algo común cuando todo el mundo empieza a disolverse en la plaza. Convenimos que algo del orden de la química, una convulsa, debería recorrer las etnografías de esta jornada, las metáforas acuosas entre contención y desborde como un criterio compartido al momento de elaborar las notas de campo que luego pudieran nutrir un texto. Este texto.

Nos vamos, agotados. Nos reunimos [GG, MM y NMA] en el bar que está enfrente de la Universidad. Fue intenso, hormonal, agotador, casi lisérgico. No podemos conversar mucho: en la Avenida 18 de julio hubo un accidente y un chico en moto, de esos que distribuye comidas con Pedidos ya, fue atropellado. Su cuerpo, muerto, yace tapado por una manta, en medio de la calle. Más flujo interrumpido. ¡Uf! ¿Qué fue del país amortiguador, del *slow country*, del mate y conversación con amigos, esa “solución uruguaya” de la que hablaba Nacho Lewkowicz?

CONTAR CUANDO LA TRAZABILIDAD SE INTERRUMPE

La armonía tiene varias cosas buenas. Una es que es previsible y que lo que la hace posible es reproducible, encauzable, muy trazable. Es de introducción-nudo-desenlace, de nacimiento-reproducción-ligero cambio. De casita para el fin de semana. De sueldo y vacaciones. La homeostasis era eso, en efecto. Y es maravilloso para la paz de espíritu: juego y socialización => trabajo y reproducción =>... Y tras la escuela, el club, o el inglés, música o artes plásticas, y los fines de semana para “afuera”, o partido, o cumpleaños. Y así. Y así. Y así. O no, porque casi nunca es así, pero se acerca lo suficientemente como para aspirar a eso; sea gestionando las pruebas que hay que superar para que tu vida se parezca a ese modelo (Martuccelli, 2006), sea contribuyendo a las condiciones políticas que hagan viable vidas así. Persistiendo, vaya.

Magnífico, rotundo, orgánico. Empático. Comprometido.

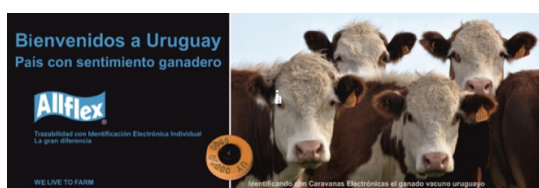
Y fluido, como los textos que lo contaban, o que lo cuentan; que llegaban a ser tan mecánicos como lo que analizan, si son de sociología; que estaban plenos de significados redondos, como lo que describen, si eran de antropología. Era lo co-recto.

Pero el fluir está interrumpido, la armonía agujereada. El fin de semana se quedó sin casa en la playa, y el cumpleaños no sale, porque para muchas la existencia no cumple años, es por horas, o ratos, o cosas... Todo se desmoronó. Si ahí, en esos casos, sí, pero son casos, y son muchos, ese todo orgánico se pudre se rompe deja de ser lo que fue y ya no es más ¿qué texto?

Recapitemos para concluir, es una posibilidad: país de órdenes viejos, quizás imaginados, que se resiste a su degradación definitiva, algo que hace como pocos, aunque no obstante no aguanta del todo lo que otros no aguantan para nada. De lo que pasa hay explicaciones estructurales, y, por lo tanto, Cifras y Registros y Retratos y Relatos. Así, sí, grandes, mucho, muy aparato. Y hay políticas públicas (como las urbanas que acomodan el Miguelete a las aspiraciones del ciudadano), organizaciones que gestionan profesionalmente los bordes (como la Malla, y sus profesionales, bregando “en territorio” con los límites de la ciudadanía), y hay también gente, pueblo, comunidades, grupos, políticas, politicidades, movimientos que trabajan con los anteúltimos (como la olla de la casa de Walter) o con los últimos, y que hasta se organizan (como Nitep) y abrazan el sentido, los sentidos, y le dan dirección. Podríamos concluir con eso. Es una pintura posible, un texto creíble. Y no sería falsa.

Capitemos, es otra posibilidad: no queremos mirar, ahora, las grandes unidades explicativas, ni sus cifras, ni sus historias de vida, ni sus retratos, ni sus relatos. Sí sus agujeros, que huelen a mierda, a caño, a húmedo; sus conductos, que están oxidados,

lentos de sal; sus espacios de encuentro, que se desordenan en una suerte de baile lisérgico sin intenciones, imprevisible, químico, frenético, donde intervienen escalas con elementos de la tabla periódica que las ciencias sociales y las humanas no consideraron. Es existencia y no, es humanidad y no. Vida sí es, rara para las ciencias sociales todavía, pero más vale que nos hagamos con estrategias para entenderla y narrarla, si no se nos escapa. Es lo que hicimos. Es otra pintura posible, y tampoco es falsa.



A la salida del país, un grupo de vacas felices despiden a los viajeros desde un panel publicitario enorme de la multinacional Allflex, dedicada al rastreo, monitorización e identificación del ganado. Singularizan individuos, arman registros y catálogos, dan las bases para un seguimiento sanitario de cada ejemplar y ayudan a la localización de los individuos perdidos. No hay incertidumbre aquí, no caben ejemplares mal contados, descontados o incontados; todos son trazables, de todos hay registro. Nadie desaparece de esa población, que es sana, saludable, que está bien educada. Miren su satisfecha cara etiquetada, como de clase media. De ese cuento y de esas cuentas compartidas nadie queda fuera. ¿Nadie?

Más allá del cartel está la cola, corta y cómoda, para el control de

En veredas, calles y rincones de Montevideo hay cartones, *nylons* y mantas que cubren cuerpos. Son de ciudad, lejos del campo. Son esos sobre los que canta Atahualpa Yupanqui, actualizado por Divididos, cuando afirman: “las penas y las vaquitas se van por la misma senda; las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas”¹². Escrito en otro tiempo, sin trazabilidad del ganado, con cueros marcados a hierro y fuego, prontos para el matadero, sin fotografías de sus rostros sanos en primer plano. Tiempo de personas con vistas al ascenso social, de agua dulce para vacas y gente, de migración del campo a la ciudad. Antes de la unificación nacional del sistema de identificación civil en Uruguay en 1978.



La identificación sigue siendo un orgullo nacional, aunque se escurra bajo estructuras precarias, móviles, frazadas polares de colores como las que se reparten en los

¹² Fragmento de la zamba *El arriero va* (Yupanqui, 1944), esta canción de protesta se popularizó en la década del 70 y volvió a masificarse en el Río de la Plata con el disco *La era de la boludez* (Divididos, 1993).

pasaportes; el europeo pasa sin inconvenientes. En la sala de espera, unos pocos WhatsApp para anunciar la salida y avisar de la llegada. Un posteo en Facebook ayuda a que quien quiera sepa del camino que seguirá el avión, de vuelta a casa.

Aparecida, visible, trazable, la vida fluye.

Encuentros en la calle, en el mejor de los casos. En el centro de Montevideo, próximos al kilómetro cero que queda a 40 minutos en auto del aeropuerto ¿hay cadáveres? (Perlongher, 1997). La pregunta se mece entre trabajadores del *delivery* en motitos chinas, personas en calle y ollas populares.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIAR, Sebastián et al. (2022). *El lado B del Municipio B*. Montevideo: Nitep, Fesur, Udelar, Municipio B. Recuperado de: <https://municipiob.montevideo.gub.uy/el-lado-b-del-municipio-b-i>
- AUYERO, Javier y Servián, Sofía (2023). *Cómo hacen los pobres para sobrevivir*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- CASADO-NEIRA, David, Gatti, Gabriel, Irazuzta, Ignacio y Martínez, María (eds.) (2021). *La desaparición social: límites y posibilidades de una herramienta para entender vidas que no cuentan*. Leioa: EhuPress.
- DONZELOT, Jacques (2021). *La policía de las familias: Familia, sociedad y poder*. Buenos Aires: Visión.
- FANON, Franz (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- FREIRE, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.
- GATTI, Gabriel (ed.) (2017). *Un mundo de víctimas*. Barcelona: Anthropos.
- GATTI, Gabriel (2022). *Desaparecidos. Cartografías del abandono*. Madrid: Turner.
- GATTI, Gabriel e Imaz, Elixabete (2023). “Los sensorios del declive. Algunas notas a partir de unas pocas imágenes de los hogares raros de un París colapsado”. *Papeles del CEIC*, 2023/2(286): I-II. (<http://doi.org/10.1387/pceic.25098>)
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1985). *Las estructuras elementales del parentesco (Vol. 1)*. Madrid: Planeta-De Agostini.
- LOURAU, René (1997). *Implication, transduction*. París: Anthropos.
- MARTUCELLI, Danilo (2005). *La consistance du social. Une sociologie pour la modernité*. Rennes: PUR.
- MARTUCELLI, Danilo (2006). *Forgée par l'épreuve. L'individu dans la France contemporaine*. París: Armand Colin.
- PARSONS, Talcott (1999). *El sistema social*. Madrid: Alianza Editorial.
- PERLONGHER, Néstor (1997). *Poemas completos (1980-1992)*. Buenos Aires: Seix Barral.
- RAMA, Germán W. (1987). *La democracia en Uruguay*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- RANCIÈRE, Jacques (2009). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago de Chile: Arcis – Lom.
- REAL DE AZÚA, Carlos (1984). *Uruguay ¿Una sociedad amortiguadora?* Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- RIEIRO, Anabel, Castro, Diego, Pena, Daniel, Veas, Rocío y Zino, Camilo (2023). “Tramas solidarias para sostener la vida frente a la COVID-19. Ollas y merenderos populares en Uruguay”. *Revista de Estudios Sociales*, 78: 56-74. (<https://doi.org/10.7440/res78.2021.04>)
- SIMMEL, George (1986). *Sociología. Ensayo sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.
- VANGER, M (1983). *El país modelo: José Batlle y Ordóñez, 1907-1915*. Montevideo: Arca.